

Homilía de la Misa por el Profesor Carlos Alemián

Jesucristo, en el momento solemne de la última cena, les recuerda a sus discípulos dos títulos a los cuales no renuncia, y que enmarcan su misión en este mundo.

“Ustedes me llaman Maestro y Señor, y tienen razón, porque lo soy”. La frase sigue inmediatamente al lavatorio de los pies, y forma un todo con esa actitud del Maestro.

El maestro es el que enseña la verdad que ha de conducir nuestras vidas, y el que señala el camino por donde se accede a ella. Trabaja con lo viviente, maleable y dinámico, sus discípulos, pero por eso mismo con lo que no se puede repetir o reproducir en serie. Por lo mismo, el maestro convive, vive con su discípulo la búsqueda. Pone su vida junto a la del que intenta aprender.

Es por eso que el Maestro por excelencia, para enseñar se pone a servir. Porque no hay enseñanza sin vida, ni vida sin servicio. Y todo eso lo entendió muy bien en su vida el Profesor Alemián. No comprendió la docencia como una impersonal transmisión de doctrinas, sino como un compromiso de construir en la verdadera unidad. La misma luz que lo guiaba en sus trabajos para la filosofía de nuestros países lo conducía en la tarea de la unidad de su pueblo. No se puede ser maestro si no se es muy fiel a las raíces. Y la unidad de todos se hace, primordialmente, con el respeto y el cariño por lo que nos da identidad. La tarea del Profesor Alemián alcanzó así lo trascendente que nos une. Supo encaminar sus reflexiones hacia un plano universal porque nos alcanza a todos, pero dialogando con cada uno en la esencia de su quehacer.

Por lo mismo, no debemos decir que él se ha ido. Permanece entre nosotros, no solo con su ejemplo y su docencia, sino sobre todo con la fuerza viviente de sus discípulos, porque la siembra de la verdad produce frutos eternos. Enseñar es crear vida y darla. Así lo entendió y lo practicó el Profesor Alemián. Sigamos su ejemplo.

Padre Guillermo Alas